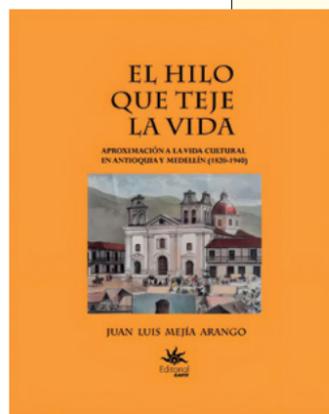


LA CULTURA, UN PRETEXTO PARA UNA MIRADA AMPLIA

Ricardo Zuluaga Gil*

Juan Luis Mejía Arango es un reconocido intelectual antioqueño que proviene del área del derecho, pese a lo cual o seguramente en razón de ello, ha mantenido su vida completamente ligada al mundo de la educación y la cultura. Y así ha sido desde cuando recién graduado de la Facultad de Derecho de la U.P.B., comenzó a desempeñarse como director de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, un camino que profundizó luego cuando ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá. Posteriormente fue subdirector de Patrimonio Cultural en Colcultura y en enero de 1987 asumió la Dirección de la Cámara Colombiana del Libro, una posición desde la cual tuvo la oportunidad de participar decisivamente en la creación de la Feria del Libro de Bogotá, un evento cultural que es hoy de capital importancia y cuya primera versión se celebró en 1988. En 1993 regresó a Colcultura en calidad de director y luego se desempeñó como secretario de Educación de Medellín, de donde pasó, en la presidencia de Andrés Pastrana, a ser ministro de cultura durante un año. Finalmente, entre 2004 y 2020, se desempeñó como rector de la Universidad Eafit en Medellín.

Este es, pues, el bagaje de este autor que con el sugerente título de *El hilo que teje la vida*, ha presentado recientemente un



* Abogado, especialista en Derecho Administrativo (UPB, Medellín), en Derecho Constitucional y Ciencia Política (CEPC, Madrid), doctor en Derecho (Universidad de Salamanca, España). Exdecano de la Facultad de Derecho de la U. de San Buenaventura (Cali) y exdirector del Departamento de Ciencia Jurídica de la U. Javeriana (Cali). Profesor invitado en más de veinte universidades del país. Miembro de número de las Academias Antioqueña de Historia y Colombiana de Historia Eclesiástica, de las que es vicepresidente. Preside el Centro de Historia del municipio de San Vicente Ferrer.

voluminoso libro en pasta dura de 556 páginas y que ha sido bella y cuidadosamente editado. Impreso bajo el patrocinio de la Universidad Eafit, pese a su extensión y a su tamaño algo aparatoso, el resultado comercial ha sido sorprendente, pues en esta época en la que con tanta insistencia se habla de la muerte del libro, en pocos meses esta obra ha alcanzado la notable cifra de mil quinientos ejemplares distribuidos. Se trata, en consecuencia, de un verdadero milagro en un tiempo como este, en el que en general poco se lee. Ni qué decir, entonces, en un contexto como el de la actual sociedad antioqueña, en la que todo parece indicar que se lee todavía menos.

En sus VIII capítulos el libro recoge una serie de ensayos que fueron elaborados por el autor a lo largo de varios años y con los que él se propuso darle una mirada a la evolución de la vida cultural en Antioquia a través de casi siglo y medio, esto es, desde el momento de la Independencia, hasta la consolidación de Medellín como una ciudad industrial. Se trata, entonces, de una tarea que de alguna manera lo que supone es reconstruir y sistematizar la historia del complejo proceso que concluyó en la creación del *ethos* del antioqueño, si en efecto ello ha existido en algún momento.

De entrada, hay dos aspectos resaltables en la obra. De un lado la maravillosa y sorprendente investigación gráfica que acompaña los textos y que enriquece y da contexto a la narración; y del otro, un robusto aparato bibliográfico constituido por fuentes primarias y secundarias, un catálogo que da buena cuenta de la rigurosa formación intelectual del autor pero que a la vez se convierte una especie de biblioteca esencial sobre la cultura antioqueña. Añadiría, además, que se trata de un aporte absolutamente novedoso, pues salvo una obra publicada hace más de treinta años,¹ las miradas que se han hecho de los procesos de la cultural en Antioquia han sido siempre muy parceladas y especializadas.²

1] Darío Ruiz Gómez, *Proceso de la cultura en Antioquia* (Medellín: Universidad Nacional, 2014).

2] Sirva, a manera de ejemplo, estas dos obras: Santiago Londoño Vélez, *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995) y Jaime Osorio Gómez, *Fotografía en Antioquia* (Bogotá, Villegas Editores, 2012).

Y no es un mérito menor del libro la amplia mirada que ofrece sobre el campo de la cultura, en la medida que da cabida en iguales términos a expresiones de la llamada alta cultura (música, pintura, literatura, etc.), tanto como a manifestaciones de la cultura popular (ebanistería, platería, guaquería), cuya reconstrucción es mucho más compleja por la escasez de fuentes. O dicho lo mismo, esta es una obra en la que caben a la par el aprendiz, el artesano, el artista y el maestro. Y es a través de esos perfiles, como a lo largo de esos VIII capítulos el autor nos va mostrando nítida y diáfananamente, el discurrir cultural en Antioquia a lo largo de casi siglo y medio.

Una primera cuestión que plantea la lectura del libro es que, sin siquiera mencionarlo, deja patente el absoluto raquitismo cultural al que la corona española sometió a estos territorios a lo largo de los 300 años en los que los dominó. Es que en el caso particular de Antioquia, salvo el efímero colegio de los jesuitas en Santafé de Antioquia (1727-1767) y el tardío colegio de los franciscanos en Medellín (1804), ambos de carácter religioso, no existió el más mínimo asomo de un proyecto o iniciativa cultural o educativa por parte de las instituciones peninsulares, de tal manera que la vida del hombre colonial se reducía al trabajo manual y muy esforzado, así como a una totalizante vida religiosa, interrumpida muy de tarde en tarde con algún festejo civil o religioso.

Esa realidad queda evidenciada en el momento que el libro comienza explicando la efervescencia que se vivió en estas latitudes a partir de 1810 con la llegada de las ideas ilustradas, una nueva realidad que permitió, entre otros avances, la llegada de la primera imprenta a la región, la de Manuel María Viller Calderón, que comenzó a operar en Rionegro en 1814. Ese momento conoció igualmente la apertura de nuestras fronteras y la consecuente llegada de numerosos extranjeros que venían hasta el trópico atraídos por la fama legendaria de que los nuestros eran yacimientos de oro fabulosos. Pero como muchos de esos viajeros, que eran ingenieros, técnicos o artesanos, en ocasiones dominaban varios saberes, no solamente prácticos, sino espirituales, como la música, la pintura o la literatura, eso les permitió lentamente ir permeando el ambiente cultural de la región. Los suecos Carlos Segismundo de Greiff y Pedro Nisser,

los alemanes Enrique Haüsler y Emilio Herbrüger, así como los británicos James Tyrel Moore y Edward Gregory, son los más representativos entre ese primer contingente de forasteros que con sus múltiples saberes, ayudaron a moldear la identidad del pueblo antioqueño. Pero no sobra decir, con un sabor casi anecdótico, que el libro también da cuenta de cómo esa apertura de fronteras, fue la misma que en 1840 permitió a nuestros rústicos antepasados ver desfilar un exótico elefante, exhibido por un extravagante circo norteamericano que andaba de gira por estas tierras.

A través de la obra, el autor nos va explicando como esos primeros esfuerzos fructificaron en el nacimiento de un pequeño entorno cultural en la ciudad de Medellín, una realidad de la cual se constituyen en evidencia la construcción del primer piano en la ciudad en 1830; la creación, en 1831, de la primera compañía dramática; y la construcción del primer teatro “El Coliseo” en 1832. Veinte años después, en 1850, en la ciudad ya se estaba ofertando el primer concierto de música sinfónica y en la región estaba surgiendo una trinidad de intelectuales que resultarían definitivos en la formación de la identidad de este pueblo antioqueño: Camilo Antonio Echeverri, Manuel Uribe Ángel y Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos); todos ellos exponentes de nuestra primera generación europea, de aquella en la que, y con la que, se concretaba el ideal civilizatorio que nos ponía lejos del riesgo del salvajismo y la barbarie.

El libro también deja claro como la segunda mitad del XIX, al amparo de la prosperidad cafetera, permitió asistir a la ampliación del espectro cultural antioqueño: llegó la fotografía, se creó la industria editorial y nació la pintura. Y en general, en el ambiente hubo un interés tal por la cultura, que se llegó a reconocer manifestaciones hacía poco altamente despreciadas. Fue así como se pasó de la simple guaquería al coleccionismo en gabinetes de curiosidades, una práctica excéntrica que a la postre derivó en el simpático fraude de la Cerámica Alzate, un capítulo singular de la historia del arte en Colombia y una muestra de esa picaresca algo ingenua que hizo parte del bagaje cultural del antioqueño. Y comentario aparte merece la atención que el texto presta a la práctica del espiritismo en estas tierras y que importada de Francia resistió los embates de la jerarquía católica.

En una tercera mirada, en el libro Medellín es una urbe y se convierte en una ciudad industrial y textilera que se volverá opulenta y se permitirá gozar el culmen de su vida cultural, cuya mayor manifestación fue el imponente y efímero Teatro Junín, arrasado por la codicia edificadora con solo medio siglo de vida. Arquitectura, planificación y diseño harán parte del nuevo ideal civilizatorio del pueblo antioqueño. Pero también imagen, mucha imagen a través de la fotografía y el cine.

Como se dijo al comienzo de la reseña, se trata de un libro que recoge una serie de apuntes dispersos realizados a lo largo de muchos años, lo cual de alguna manera se refleja en la obra por la ausencia de un hilo conductor claro que vaya apuntando hacia un desenlace y que en ocasiones hace que el relato resulte algo asincrónico, pequeños defectos que en todo caso no le restan virtud a un texto que le permitirá al lector dar un recorrido, más que por la cultura, por la historia del pueblo antioqueño.

En todo caso, hay que celebrar esta obra, que aparece en un momento en el que Antioquia se encuentra bajo fuego y su *ethos*, si lo hubo, está muy amenazado. Nuestra región ha sido reducida en el imaginario popular de los colombianos a una tierra de traquetos, sicarios y prepagos; al mismo tiempo que en los titulares de la prensa mundial a Medellín se le llama un burdel a cielo abierto. En buena hora, entonces, este libro le hace justicia a todas aquellas personas que, en ocasiones venciendo enormes dificultades como las numerosas guerras civiles que el autor bien documenta, realizaron grandes esfuerzos por darle una identidad a este pueblo que como bien dice el Canto del Antioqueño, nació altivo y libre. 🍷

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

120 AÑOS HACIENDO HISTORIA
1903-2023



GUÍA EDITORIAL PARA EL REPERTORIO HISTÓRICO Y LOS LIBROS DE LA CORPORACIÓN

EL REPERTORIO HISTÓRICO, órgano oficial de la Academia Antioqueña de Historia, se publica semestralmente (enero-junio y julio-diciembre) y contiene las siguientes secciones abiertas a contribuciones de académicos y autores externos:

Artículos: los textos para esta sección pueden ser producto de investigación, reflexión teórica o compilación crítica de otros textos. Deben cumplir las normas de citación y fuentes documentales y enmarcarse en el campo de la historia o las disciplinas sociales afines.

Discursos y conferencias: se aceptan textos de reflexión, difusión u opinión sobre temas de historia y disciplinas afines.

Reseñas: textos que anuncien, analicen y/o evalúen libros, de vieja o reciente aparición, y que estén enmarcados en el campo de la historia o disciplinas afines.

Requisito indispensable para recibir contribuciones en las secciones señaladas, que el texto no haya sido publicado en ningún medio impreso o digital.

La Academia publica libros sobre temas de historia y disciplinas afines, de acuerdo a la programación anual que defina el Comité de Publicaciones, no obstante, recibirá sugerencias de publicación en cualquier momento. En general se prefiere libros que contengan material inédito y novedoso, pero